

EL LAGO DE LA MUERTE

Había una vez cinco nobles príncipes conocidos como los Pandavas, los hijos del rey Pandu. Una vez, mientras paseaban por los bosques, un brahmán vino corriendo a pedirles ayuda.

“Maharaj Yudhisthir, debéis ayudar”, le suplicó el brahmin al mayor de los Pandavas. “Las ramas arani que uso para hacer mi sacrificio diario del fuego han sido robadas. Un veloz ciervo pasó por mi choza y recogió las ramas en sus cuernos y se las ha llevado. Sin esas ramas para mi fuego no puedo realizar mis deberes religiosos”

Así los Pandavas, siempre misericordiosos, emprendieron la marcha en busca de aquel ciervo y las ramas que había robado.

En seguida lo vieron a lo lejos, pero el ciervo, cada vez que se acercaban a él, conseguía escapar en el último momento. Finalmente, tras horas de persecución, los Pandavas se sintieron exhaustos y sedientos, y tuvieron que buscar un lugar a la sombra de un árbol donde poder descansar, recuperar fuerzas y así seguir su camino.

Yudhisthir le dijo a su hermano pequeño, “Nakula, necesitamos agua. Súbete a ese árbol tan alto y mira alrededor a ver si ves algún lago cercano”

Nakula, a pesar de estar muy cansado, escaló el árbol. “Veo un lago, sí, está cerca,” gritó.

“Bien”, dijo Yudhisthir con la garganta reseca. “Por favor, Nakula, ¿podrías ir hasta allí y traer agua para tus hermanos?”

Nakula se acercó hasta el lago, y una vez allí se arrodilló a su orilla y se disponía a beber y así saciar su intensa sed cuando una voz retumbó a los alrededores. “¡Alto! No bebas ni una sola gota hasta que hayas respondido a mis preguntas. Yo soy el guardián de este lago. Si no haces lo que digo, morirás”

Totalmente exhausto e incapaz de contenerse, Nakula recogió agua en sus manos y agachó la cabeza para tomar un sorbo. Ignorando la voz Nakula comenzó a beber de aquella agua dulce y fresca. En un momento, Nakula caía fulminado sin haber tragado ni una gota. Muerto yacía a la orilla de aquel lago misterioso.

Mientras tanto, los otros Pandavas esperaban su regreso durante lo que parecía una eternidad. Cada minuto que pasaba su sed se hacía más severa y penetrante. Casi sin poder hablar Yudhisthir le pidió a su segundo hermano más joven: “Sahadeva, ¿podrías ir a ayudar a Nakula a traer el agua?” Sahadeva prácticamente se arrastró hasta la orilla del lago, y al ver a su hermano tendido allí no supo que pensar. Su sed era intensa, y de manera descontrolada se abalanzó sobre el agua para así refrescarse la garganta. De nuevo la voz retumbó su aviso de no beber hasta haber respondido a sus preguntas. Sahadeva, como su hermano Nakula, no

pudo contenerse y hundió la cara en el agua para saciarse. En ese instante la vida lo abandonó y caía en la orilla junto a su hermano.

Al ver que ni Sahadeva ni Nakula volvían con agua, y que cada vez tardaban más y más, Yudhisthir, preocupado, mandó a otro de sus hermanos, el gran guerrero Arjuna, y después de un tiempo a su hermano más fuerte, Bhima. Ninguno de ellos volvió, y Yudhisthir se encontraba solo y preocupado. Empezó la marcha hacia el lago, y al llegar a sus orillas quedó asombrado al ver a sus cuatro hermanos tendidos sin vida en la arena. "¿Cómo puede ser?", se preguntaba, "no veo signo de lucha, y mis hermanos son los mejores guerreros del reino".

Cayendo al suelo arrodillado a causa de la angustia al ver aquella horrible escena, Yudhisthir pensó que no podría seguir viviendo sin sus hermanos. Habían sacrificado tanto para complacerle en tantas ocasiones, y ahora se habían ido para siempre. De pronto sintió una feroz sed y no pudo contenerse. Arrastrándose con pena se acercó a la orilla. "¡Alto!, No puedes beber de esta agua hasta que hayas respondido a mis preguntas", sonó aquella voz misteriosa. "Haz caso de lo que digo, controla tus sentidos y no bebas, o acabarás como tus hermanos".

Yudhisthir paró, y arrodillado en aquel lugar miró al cielo y respondió: "Haré lo que me pides lo mejor que pueda. Pero antes, por favor, revélame a mí. Estoy asombrado, cómo puede ser que alguien tenga el poder para matar a mis hermanos. Bhima por si solo tenía la fuerza de diez mil elefantes. ¡Ni siquiera uno de los semidioses tiene poder para acabar con ellos!"

Un gigantesco Yaksa, un gran hechicero, apareció ante el príncipe Yudhisthir. Yudhisthir juntó sus manos y se inclinó ante aquella temerosa figura, ofreciéndole así su respeto. "Gracias por mostrarte. Ahora, pregunta"

"Tu humildad es encantadora", resonó el Yaksa. He aquí mi primera pregunta "¿Qué es más veloz que el viento?" Sin vacilar un momento, el príncipe respondió: "Es la mente, por supuesto".

El Yaksa se frotó las manos. "Muy bien, ¿pero sabes cuál es la posesión más valiosa?"

"Eso también es fácil,... el conocimiento". "¡Aha!", exclamó el Yaksa, "¿pero qué es verdadero conocimiento?"

"Verdadero conocimiento es conocimiento de lo divino", respondió Yudhisthira.

"¡Así es! Ahora dime: ¿Qué se vuelve agradable solo después de haberlo abandonado?"

Pensativo el príncipe miró primero al lago dulce y cristalino, y después a sus hermanos tendidos sin vida. "Sólo puede ser el orgullo"

"¿Y que es la maldad?", continuó el Yaksa desafiante.

"Hablar mal de los demás", dijo Yudhisthir.

"¿Pero sabes qué es la caridad?" preguntó el Yaksa.

El príncipe miró de nuevo a sus hermanos, y llorando dijo: "Caridad es la protección de todas las criaturas". El Yaksa sonrió notando la sed de Yudhisthir. "¿Y qué es paciencia?"

Yudhisthir se controlaba luchando contra la sed y angustia intensa que sentía. "Paciencia solo puede ser la habilidad para controlar los sentidos".

"¡Sí!" retumbó el Yaksa. "Pero ahora, mi última pregunta: ¿Cuál es la cosa más maravillosa del mundo?"

Yudhisthir consideró con cuidado su respuesta. Y así, mirando a sus hermanos, respondió con plena fe y confianza: "Día tras día las entidades vivientes del mundo material entran en la casa de la muerte. Nadie escapa, pero aquellos que permanecen piensan que no morirán. ¿Hay cosa mas maravillosa que ésta?"

El Yaksa sonrió. "Estoy satisfecho por tus repuestas inteligentes", dijo él. "Eres la persona mas sabia con vida y mereces una bendición. Así pues, le devolveré la vida a uno de tus hermanos. ¡Elige a uno!"

Después de una pausa y profunda consideración, el príncipe Maharaj Yudhisthir se pronunció: "Elijo a Nakula".

"¿Por qué a Nakula?", cuestionó el Yaksa. "¿Por qué no Bhima, el fuerte, o Arjuna, el mejor arquero del reino?, seguramente ellos te serán mas valiosos".

Yudhisthira explicó su elección: "Mi padre tenía dos esposas, Kunti y Madri. Bhima, Arjuna y yo somos hijos de Kunti. Así que, para el beneficio de Madri, elijo a Nakula".

Con su elección el príncipe aseguraba la descendencia de las dos familias a pesar del gran dolor que le causaba la perdida de sus hermanos directos, Bhima y Arjuna.

Feliz de oír tales respuestas humildes y llenas de misericordia, el Yaksa, lleno de compasión, les devolvió la vida a los cuatro hermanos del príncipe y también reveló su identidad verdadera. "Yo soy tu padre, el dios de la muerte. Me llamo Yamaraja, y también me llamo Dharma, él que conoce lo que está bien y lo que está mal. Quería probar tu sabiduría y tu rectitud. Te digo que nunca conocerás la derrota".

Yudhisthir, con gran humildad, cayó arrodillado ante los pies de su padre y lloró lágrimas de alegría y júbilo.